

Camellos

Leyendo antiguos libros que narran viajes o exploraciones por las tierras del Nuevo Mundo, encuentra uno a veces estupendas noticias. Los viajeros y exploradores, que no toman nota sino de aquello que realmente les parece interesante, descubren aquí y allá motivos que han sido olvidados por los historiadores, que no se preocupan sino de los grandes acontecimientos. Hablemos, por ejemplo, de un libro de Alejandro de Humboldt, "Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente", en el que el sabio alemán cuenta ~~una~~ experiencias y anota las observaciones hechas durante un viaje que duró desde 1799 a 1804.

¿Sabía algún lector que el camello había estado a punto de ser, en América del Sur, tan común como el caballo o la mula? ¿No lo sabía? Pues, sepámoslo. Dice Humboldt que la caña de azúcar fué traída desde las islas Canarias a Santo Domingo, desde donde fué llevada luego a los demás países sudamericanos. Este trajo por consecuencia el que fuesen isleños canarios los que dirigieran en Venezuela y en algunas de las Antillas las plantaciones e ingenios de azúcar. "Estas íntimas relaciones con las islas Canarias y sus habitantes -- dice el sabio alemán -- han dado también oportunidad para la introducción de los camellos en las provincias de Venezuela."

Cierto Marqués del Toro hizo traer desde Lanzarote, isla del archipiélago canario, tres de estos animales. Comprados en Lanzarote a treinta pesos cada uno, al llegar a las costas venezolanas costaban de ochocientos a novecientos pesos. Los gastos de transporte fueron subidísimos a causa del gran espacio que en los navíos mercantes de aquella época ocuparon dichos animales, sin contar la gran cantidad de agua dulce que hubo que traer para el consumo de aquellos "navíos del desierto".

Humboldt vió en Mocundo a estos animales: de los tres que se ha-

bían traído, dos habían muerto a consecuencia de la mordedura de una víbora de coral, no sin haberse reproducido antes, dando a Venezuela el orgullo de ser la cuna de tres magníficos camellitos. Los animales cargaban, en cada viaje, de cuarenta a cincuenta arrobas.

Un hacendado de la provincia de Barinas, entusiasmado por el ejemplo dado por el Marqués del Toro, hizo traer quince de aquellos animales. Al pasar por un lugar cercano a Mocunde, Humboldt hubo de atravesar un terreno poblado de palmeras, y dice: "Este palmar, cuyo follaje desecado murmura al menor soplo de los vientos, estos camellos que pacer en la llanura, este movimiento ondulante de los vapores sobre una tierra tostada por el sol, comunican al paisaje un aspecto africano."

Pero no se quedaron allí los camellos: casi llegaron a Chile. Un vizcaíno, Juan de Reinaga, trajo algunos de esos animales al Perú, ^{en} donde el P. Acosta los vió, a fines del siglo XVI, al pie de las majestuosas montañas de los Andes. Pero, mal cuidados, se reprodujeron con dificultad y pronto se extinguieron. ¡Bástima grande!

Se lamenta Humboldt de que los españoles que conquistaron América y la poblaron de ganado vacuno, caballas y mular, olvidaran traer también camellos. "Los camellos -- dice -- serían de la mayor importancia para facilitar el comercio interior, en dondequiera que hay que recorrer inmensas distancias por terrenos inhabitados, dondequiera en que la construcción de canales resulta inútil por exigir un excesivo número de esclusas (como en el istmo de Panamá, en la altiplanicie de México, en los desiertos que separan el reino de Quito del Perú, yb el Perú de Chile.)"

¡Imprevisores conquistadores! Prefirieron a los indios como bestias de carga y nos dejaron sin camellos. ¡Tan bien que nos habrían venido en estos días de escasez de bencina!

Manuel Rojas